desdeñosa de la gente que en realidad no ha conocido ó del país que en realidad no vió. Estoy seguro de que, si bien puede ser indigesta mi descripción, los victorianos no se ofenderán por lo que he dicho de ellos mismos y de su noble colonia, pues aunque fué pequeña mi esfera de observación, verán que sólo he escrito de lo que conocía, y he relatado, tan fielmente como pude, las circunstancias que se presentaron dentro del radio de mi limitada, pero personal experiencia de la vida colonial.

CAPILLA ALFONSINA

Vista de Sydney, puerto Jackson.

CAPITULO XVIII

VIAJE Á SYDNEY

Ultima Nochebuena en Australia. — Partida en vapor para Sydney. — El *Gran Bretaña*. — Excursión barata á Queenscliffe. — Mal tiempo en el mar. — El señor y la señora Mathews. — Botany-Bay. — Cabo exterior del Sur. — Puerto Jackson. — Ensenada de Sydney. — Descripción de Sydney. — Casa del dominio y del gobierno. — El futuro gran Imperio del Sur.

Mi última Nochebuena en Australia la pasé con mis bondadosos huéspedes de Melbourne. La Nochebuena apenas lo parecía con el termómetro á 90° en la sombra (1). Hay vaca asada, y *plum-*

(1) Equivalentes á 32,2 grados centígrados. — *Nota del traductor.*

pudding como en nuestra tierra. Sin embargo, las inmensas fuentes de fresas, que son fruta del tiempo, aunque en extremo agradables, nos recuerdan que la Nochebuena de las Antípodas ha de diferir en muchos respectos de la Nochebuena de Inglaterra.

Al día siguiente de Nochebuena, por la mañana, me encontraba á bordo del vapor *Rougatira*, que había de salir para Sydney á las once. Soltando sus amarras del muelle de Sandridge, el buque fué desprendiéndose poco á poco, y después de mandar mis últimos adioses á los amigos de la orilla, me encontré de nuevo en el mar.

Pasamos á lo largo del *Gran Bretaña*, que durante algún tiempo fué el más excelente de los que hacían el pasaje entre Australia é Inglaterra. Era un buque espléndido, que precisamente acababa de llegar de Liverpool con un gran cargamento de mercancías y pasajeros. A medida que avanzamos por la bahía, Melbourne se levanta por encima de la llanura y se engrandece á lo lejos. Todas las cimas parecen cubiertas de casas, y las torres de la hermosa catedral católico-romana se destacan en lo alto de la colina á la derecha y son la última construcción que se ve distintamente desde la bahía.

A las dos horas estuvimos en Queenscliffe, entre las puntas, que por aquel entonces era la estación de baños más de moda en Melbourne. Varios vapores de recreo nos habían precedido desembarcando gran número de pasajeros, para pasar el segundo día de Nochebuena en la playa.

CAPILLA ALFONSINA

La población parecía muy linda vista desde la cubierta de nuestro buque. Algunos de los viajeros, que habían tomado pasaje para Sydney, desembarcaron allí, temerosos de que el mar estuviese demasiado agitado fuera de las puntas.

Hacía muy poco viento cuando dejamos Sandridge, y las aguas de Puerto Felipe estaban relativamente tranquilas. Pero á medida que avanzábamos se levantaba el viento, y los amigos que conocen el tiempo nos hacían temer que encontraríamos afuera viento tempestuoso. Estábamos á la vista de la blanca línea de rompientes que corren de una punta á otra. Todavía quedaba un corto espacio de agua lisa delante de nosotros; pero aquello se pasó pronto, y entonces nuestro buque hincó su proa en las ondas y tuvo que luchar para abrirse paso como para defender su vida contra la gruesa mar que, procedente del Pacífico, se arremolinaba en el estrecho de Bass.

Los únicos pasajeros distinguidos de á bordo son el señor D. Carlos Mathews y su señora, que se han hecho *estrellas* en Victoria no sin algún designio. Hace pocas noches, el señor Mathews hizo su despedida con un discurso característico, en parte humorístico y en parte serio; el entusiasta auditorio reía y le aplaudía al mismo tiempo, y era divertido leer en los periódicos de la mañana siguiente, que los pasajes más patéticos del actor habían sido recibidos con grandes carcajadas.

El señor Mathews parece ser uno de los hombres más perennemente jóvenes. Cuando subió á bordo en Sandridge, tenía el aspecto gallardo y

vivo de un muchacho. Paseaba arriba y abajo de la cubierta y se interesaba por todo. Esto duró mientras el agua estuvo tranquila. Cuando vió el agua alborotada en las puntas, imagino que el barómetro de su espíritu bajó un poco. Pero cuando el buque hundió su proa en las revueltas ondas, un cambio completo pareció desfigurarle. Pronto me dí cuenta de sus retrocesos. Pues los tres días siguientes, tres días rudos, largos, de fuertes sacudidas, se le vió muy poco, y cuando al fin reapareció sobre cubierta no parecía ¡ay! en modo alguno el fresco y juvenil pasajero que se había embarcado en Sandridge pocos días antes.

Lo cierto es que fué una travesía ruda y arrastrada. La mayor parte de los pasajeros estuvieron acostados durante todo el viaje. El mar venía por el este, rodando en grandes oleadas, que nuestro pequeño buque acometía bravamente, no sin ser zarandeado como un corcho, é inclinado en todas las direcciones. No fué mucho lo que pude ver de la costa, como no sea que en algunos puntos es escarpada y en otros admirable. Pasamos muy cerca de la costa en la punta de Ram, y en el cabo Howe, gran promontorio que forma el extremo sureste de Australia.

A los tres días de nuestra salida de Melbourne, hacia la madrugada, vi que estábamos costeando la orilla, á lo largo de obscuras rocas, no muy altas, coronadas de verdura. El viento había cejado, pero el buque cabeceaba en la mar gruesa como antes. Las olas se estrellaban con furia y estré-

pito contra las rocas á lo largo de la costa. A las nueve de la mañana pasamos por Botany-Bay, primer punto de la Nueva Gales del Sur, avistado por el capitán Cook precisamente hace cien años. Allí fué donde desembarcó primero y erigió un baluarte de piedra donde hizo ondear una bandera para conmemorar el acontecimiento (1). Banks y Solander, que estaban con él, encontraron la tierra cubierta de nuevas y hermosas flores, y de aquí el nombre que se le dió de *bahía botánica*, que fué más tarde un nombre terrorífico, asociado solamente á vidas de crímenes y expiación.

Atravesamos la entrada de la bahía, hasta que estamos al pie de las rocas de la punta sur, que guardan la entrada de puerto Jackson. El blanco faro de Macquarie en lo alto de la punta se ve claramente á gran distancia. Pronto estuvimos al otro lado de la punta sur y á la entrada del famoso fondeadero, que, según dicen, es el más hermoso del mundo.

El paso á puerto Jackson es relativamente estrecho, tanto, que al pasar delante por primera vez, el capitán Cook creyó que sería únicamente un

---

(1) El honorable Tomás Holt en cuya propiedad está situado el punto del desembarco, erigió el año pasado un obelisco con la inscripción : *Aquí desembarcó el capitán Cook en 28 de Abril de 1770;* y puso al pie el extracto siguiente del Diario del capitán Cook : *Al amanecer descubrimos una bahía y anclamos en la orilla sur, á unas dos millas de la entrada y á una profundidad de treinta y seis pies, dejando al sureste la punta sur y al este la punta norte. Latitud, 43° sur; longitud, 208° 37' oeste.*

abrigo para pequeñas embarcaciones y no lo examinó. Mientras tomaba el desayuno, el vigía colocado en lo alto del mástil, un marinero llamado Jackson, le comunicó que había visto la entrada de un fondeadero que parecía bueno, y el capitán, medio en broma, lo llamó *Puerto Jackson*. Me pareció que las puntas sólo distaban unos cuatrocientos pies una de otra, y que la punta norte recubría algo la del sur. Las rocas parecen haberse resquebrajado bruscamente y se sostienen en dirección perpendicular unas sobre otras, á una altura de trescientos pies, dejando entre ellas una grieta ó pasaje que forma la entrada de puerto Jackson. Cuando el Pacífico se arroja con fuerza contra las puntas, las olas se estrellan con gran violencia en las rocas, y la espuma es arrojada hasta el faro en lo alto de la punta sur. Ahora que el mar está menos agitado, las olas no son tan furiosas, y, sin embargo, ofrece un gran espectáculo el choque de la espuma que se remonta hasta la mitad de las rocas acantiladas.

Una vez adentro de las puntas, el agua se encuentra casi en perfecta calma; el escenario cambia súbitamente; las rocas se convierten en una bonita región cubierta de bosque, ondulada en gracioso declive hasta la orilla del mar. Inmediatamente después de la entrada, en la orilla sur, hay una bonita aldea, estación del piloto en la bahía de Watson. Algunos minutos de travesía después, el buque da la vuelta á un ángulo, se pierde completamente de vista el mar y no vuelven á descubrirse ni la punta ni la estación del piloto.

CAPILLA ALFONSINA

En seguida atrae mi atención una encantadora vista en la orilla norte, una deliciosa y pequeña ensenada, rodeada de hermosos bosques, con un fondo de colinas que se levantan gradualmente á su mayor altura tras el centro de la pequeña bahía. Allí, en medio del verde claro de los árboles, observo una casa como una joya, con una vasta terraza enfrente y escalones que bajan hasta el claro azul del agua. A los pocos minutos perdemos de vista el encantador rincón después de rodear la punta de la ensenada, promontorio rocoso cubierto de musgo y de helechos.

Pero nuestra atención queda pronto absorta por otras bellezas del paisaje. Delante de nosotros hay una hermosa isla deliciosamente cubierta de bosque, con tres ó cuatro casas y sus verdes prados bajando en declive hasta la orilla del agua, en tanto que á la izquierda las colinas varían constantemente de aspecto, á medida que pasamos. Al fin, á unas siete millas de puerto Jackson, los campanarios, las torres y los edificios de Sydney se presentan á la vista; primero pasamos Wooloomooloo, y á los diez minutos damos la vuelta á otra punta y nos encontramos en la ensenada de Sydney atracados al muelle. Aquí estamos en medio de un anfiteatro de una gran belleza: en el lado opuesto, una isla llena de bosques, cubierta de quintas y casitas de campo; luego promontorios, ensenadas y bahías, y bellas ondulaciones de paisaje deleitoso en todo lo que

alcanza la vista. En una palabra, creo que puerto Jackson es uno de los más hermosos cuadros de agua y de paisaje que he visto nunca.

Después de nuestros tres días de zarandeo en el mar, alegréme de encontrarme otra vez en tierra; de modo que habiendo visto mis maletas á salvo en el depósito de bagajes para California, me dirigí á la ciudad y tomé habitación por los pocos días que había de permanecer en Sydney.

Por lo que ya llevo dicho de las cercanías del embarcadero, se deducirá que la situación natural de Sydney es muy linda. Está situada sobre una roca de piedra arenisca que baja á meterse en la bahía por numerosas lomas ó espinazos de tierra ó de roca, entre los cuales se forman sendas ensenadas naturales, tan profundas, que pueden cargar y descargar en los muelles que se destacan buques de cualquier calado. Así posee Sydney un fondeadero verdaderamente vasto, y sus muelles y sus almacenes son susceptibles de extenderse en grandes proporciones. Entre las ensenadas naturales formadas por la proyección en el agua de las lomas de roca, las más importantes son la bahía de Wooloomooloo, la ensenada de Farm, la de Sydney y el fondeadero de Darling.

Desde la orilla del agua, las casas, alineadas en calles, se elevan como otras tantas terrazas hasta las cumbres de las lomas, y las principales calles ocupan las crestas y laderas de las dos ó tres más altas. Una de ellas, la calle de Jorge, es señaladamente bonita, tiene unas dos millas de longitud y contiene muchas hermosas construcciones.

CAPILLA ALFONSINA

Mi primera idea de Sydney la adquirí paseando por la calle de Jorge. Encontré el original mercado viejo que lleva la fecha de 1793, singular edificio con raras cúpulas de corte antiguo, con techos de tajamaniles. Un poco más allá llegamos á un gran edificio en construcción, la nueva Casa de la Ciudad, hecho de una especie de piedra amarillenta. Allí cerca está la catedral inglesa, de vasta y elegante estructura. Luego hay la nueva catedral católico-romana, pues la catedral primitiva de Hyde Park fué destruída hace algún tiempo por un incendio.

En suma, Sydney tiene un aspecto mucho más antiguo que Melbourne. Ha crecido en un largo espacio de tiempo, y su aspecto no es tan nuevo. Las calles son mucho más estrechas y más irregulares, de un aire más antiguo y más inglesas en apariencia, á causa sin duda de su pausado crecimiento y de su situación más accidentada. También parece que no hay en Sydney el mismo espíritu progresivo que en tan alto grado caracteriza á su ciudad hermana. En lugar de las calles espléndidamente anchas, bien pavimentadas y bien regadas de Melbourne, hay aquí calles estrechas, mal empedradas y sucias. Una miserable cabaña de madera como la que sirve de oficina de correos no quedaría en pie un solo día en Melbourne. Es el despacho primitivo, que no ha sufrido cambio ni mejora desde cuando se levantó. He de reconocer, sin embargo, que se está construyendo una nueva casa de correos; pero la falta de espíritu público se demuestra con el

hecho de haber dejado en pie durante tanto tiempo la cabaña antigua.

La estación del ferrocarril, situada al extremo de la calle de Jorge, es igualmente ignominiosa. Es el cobertizo más roñoso y sucio que he visto nunca de su clase. Ciertamente les falta un poco de espíritu victoriano en Sydney. La gente de Melbourne, si tuviese la ciudad situada en punto semejante, pronto la habría convertido en la población más bella del mundo. En efecto, nada mejor que su situación; la vista sobre la bahía desde alguna de las más altas calles es incomparable: numerosos buques yacen silenciosos como dormidos abajo en las aguas tranquilas de la bahía, en tanto que los rocosos promontorios que la rodean, cubiertos de verdura, aparecen sembrados de villas y casas de campo de los comerciantes de Sydney.

Uno de los sitios más animados de Sydney es el muelle, donde se realizan una gran parte de negocios navieros. Hay allí diques secos, calas abiertas y un dique flotante, si bien los diques flotantes son de menor importancia aquí donde es tan grande la profundidad del agua á lo largo de la orilla y donde hay tan pequeña diferencia entre la marea alta y la marea baja. En realidad, la ensenada de Sydney puede ser considerada como un dique flotante. La Compañía Australiana de Navegación á Vapor tiene en Pyrmont grandes arsenales de construcción y reparación, que dan ocupación á un gran número de brazos. La posición dominante de Sydney y el hecho de ser

CAPILLA ALFONSINA

el puerto principal de una gran comarca agrícola y ganadera del interior, hace ciertamente concebir esperanzas de gran prosperidad para lo futuro.

Todo el que visita á Sydney echa un vistazo al palacio del Gobierno y del Dominio, por ser una de las principales curiosidades de la población. Los edificios del Gobierno y el parque ocupan el doble promontorio situado entre Wooloomooloo y la ensenada de Sydney. El palacio del Gobierno es un edificio hermoso y vasto, en forma de castillo y en todos conceptos digno de la colonia, y la vista que se disfruta desde algunos de aquellos sitios es de incomparable belleza. En el parque hay cerca de cuatro millas para paseos en coche, alternados unas veces en espacio abierto y otras por el bosque, descubriéndose á veces una deliciosa perspectiva de la espléndida ensenada, bordeando otras la rocosa orilla, ó internándose entre sombrías arboledas y hondonadas tapizadas de césped. Los jardines están abiertos al público, y como las entradas se encuentran junto á la ciudad y los suburbios, el parque público de Sydney, por su comodidad y belleza, no es sobrepujado quizás por el de ninguna otra ciudad del mundo.

El Jardin Botánico está situado en lo que se llama dominio exterior. Entramos en el parque por una larga avenida de acacias y sicomoros, tan juntos unos de otros, que ofrecen tupida sombra para resguardar del calor del medio día. Al extremo de la avenida encontramos un espléndido ejemplar del pino de la isla de Norfolk, que

se dice ser uno de los árboles más grandes y más hermosos de toda la isla. Después de reposar un tanto bajo su deliciosa sombra, paseamos por otros senderos bajo un túnel formado con toda clase de plantas floridas ; luego, al pasar por una abertura practicada en el muro, se desarrolló súbitamente ante nosotros una radiante perspectiva de la bahía. El césped verdeaba hasta la orilla del agua, interceptado por bancales de deliciosas y bien conservadas flores, y alguno que otro precioso grupo de árboles.

Abajo, en la orilla del agua, hay una vasta explanada, el más encantador de los paseos, en torno del hermoso fondeadero que rodea. Arbustos europeos y tropicales crecen profusamente en todos lados ; un rosal inglés en plena florescencia se destaca al pie de un bambú, en tanto que en otro sitio un banano proyecta su sombra sobre una mata florida de guisantes de olor y una campanilla cuelga sobre una margarita. Se disfruta de una hermosa perspectiva sobre la ensenada, y los buques desde la parte del jardín donde se halla la silla de Lady Macquarie, un hueco abierto en la roca, que por sí solo vale la pena de dar un gran paseo para verlo. Volviendo de nuevo al jardín encontramos una casa de monos, una pajarera, y, lo que me interesó más que todo, un prado cerrado donde había numerosos ejemplares de la familia de los canguros, desde el *Viejo Boomer*, que al levantarse tiene seis pies de alto, hasta el canguro de las rocas, no mucho mayor que una liebre. Allí nos detuvimos á espiar los movimientos grotescos de los monos y los saltos de los canguros hasta que llegó la hora de partir.

CAPILLA ALFONSINA

El interior del país, al sur de Sydney, no tiene nada de pintoresco. Mucha parte consiste en tierra arenosa que sólo es fértil en los valles. Pero nada excede en belleza á las orillas de la bahía hasta Paramatta, á unas veinte millas tierra adentro. Las tierras más ricas de la colonia están en el interior ; pero el tiempo de que disponía era demasiado corto para permitirme otra cosa que visitar la capital, de la cual el extranjero que pasa se ha de sentir agradablemente complacido.

Parece enteramente maravilloso que en tan corto tiempo se hayan podido desarrollar los recursos de este gran país. Y lo más maravilloso todavía, es que los habitantes de una isla tan pequeña como Inglaterra, situada en el lado opuesto del globo, á una distancia de diez y seis mil millas, hayan venido aquí, y en tan breve tiempo hayan edificado ciudades como Sydney y Melbourne, cubierto un territorio tan extenso de poblaciones, aldeas y granjas, diseminado por sus pastos ovejas y toda suerte de ganados, construído carreteras, ferrocarriles y telégrafos y echado de este modo los firmes cimientos de un futuro gran imperio del Sur. ¡ Seguramente esas son cosas de las cuales Inglaterra, á pesar de todos sus detractores, tiene motivos para enorgullecerse !